

## UN TRATADO DE VIDA ESPIRITUAL(\*)

En todo comentario a un libro pelagra la fidelidad al autor, al contenido auténtico del libro que se comenta, si se deja llevar el lector de sus perspectivas o «prejuicios» previos en los que se quisiera ver encasillada y definida la doctrina que lee. El peligro es mucho mayor si el libro de que se trata es a su vez comentario, y el lector no ve dónde situarse, si en el autor o en la doctrina a que se alude. El presente libro del P. Thonnard —*Traité de vie spirituelle à l'école de saint Augustin*— es un comentario, excelente por todos los costados, de la doctrina espiritual de San Agustín. Pero afortunadamente para el lector, no es solamente eso, sino que es a la vez organización, ordenación y estructuración de una doctrina que de por sí está vinculada a momentos de expresión muy variados, sin meditada trabazón, dispersos en su mayoría y sin proyecto de verdadera sistematización lógica. Ello no quiere decir que no estén dependientes y como nacidos todos de una verdadera unidad radical, que fué la vida y el ideario completo de Agustín, sino que la reconstrucción y descripción de esa unidad es algo que hay que asimilar y hacer patentes. Y esto es lo primero que ha puesto el P. Thonnard, con todo lo que tiene de aleatorio y arriesgado, pero con tan buena fortuna y tino que nos es difícil imaginar otra distinta organización con más claro matiz agustiniano. No estará, con todo, de más, comenzar por decir que la doctrina es de San Agustín en todo momento, pero la ordenación es del autor del libro y que solamente es una de las varias que pudieran hacerse y discutirse sobre cuál fuera más agustiniana. En todo caso, es verdaderamente expeditivo y desembarazoso para el lector, pues la claridad y método expositivo del P. Thonnard hace que pueda saber en todo momento a qué atenerse.

Aceptándolo, pues, tal como está, yo comenzaré por señalar el primer acierto en el título: *Tratado de vida espiritual*, con ese corte clásico que posee. Más que de espiritualidad, con el imponderable apunte que la palabra lleva a lo teórico, se aclara así desde el prin-

---

(\*) THONNARD, F. J., A. A., *Traité de vie spirituelle à l'école de Saint Augustin*, Editions «Bonne Presse», París, 1959, 824 págs.

cipio que de lo que se trata es de una vida, de un conjunto de operaciones y mecanismos superiores en verdadera actividad interior. La vida espiritual, como se nos dice en el prólogo, pertenece al más elevado orden de operaciones inmanentes que constituyen toda vida. No es, por tanto, cuestión de ideas, sino de describir los elementos, y el dinamismo, y las etapas, y los escollos y las cimas de la verdadera vida cristiana en su camino hacia la perfección y plenitud de sí misma. Y todo ello llevando por Maestro a S. Agustín, sirviéndose de la descripción, jerarquía e importancia que S. Agustín da a esos elementos, a su funcionamiento e interdependencia dado su conocimiento y sus experiencias personales bien asimiladas y únicas.

Podemos vislumbrar el ancho campo que se presenta para una comprensión unitaria y de síntesis y admirar con ello la holgura y seguridad y claridad con que el autor se desenvuelve y elabora sus partes y contornos. Bien es verdad que pocos podrán estar en las circunstancias de excepción, como el P. Thonnard para poder hacerlo, en contacto inmediato desde hace tiempo con los estudios agustinianos y después de una experiencia pedagógica y literaria como la que nos atestiguan sus otros escritos de filosofía y espiritualidad.

El Tratado comienza por señalar las fuentes de la vida espiritual. Todo se organiza en torno a la caridad, la verdadera vida del espíritu en Dios, que mora en El como en su templo. Y se señalan como fuentes, la Santísima Trinidad, Jesucristo —y con El la Santísima Virgen y la Iglesia como cuerpo místico— plenificándolo todo el Don increado de Dios, el Espíritu Santo, el donador de los dones creados, la gracia y las virtudes obradoras de la verdadera santidad. El cielo como promesa de plenitud y permanencia de esta vida, es ya incoación y simiente aquí abajo mediante la participación de Dios en nosotros por la gracia. En oposición al destierro terrestre, el cielo será el eterno reposo en la patria, con la vida sobreabundante, personal y social, de contemplación, de amor y de alabanzas a la Santísima Trinidad. Con esta incitación y estímulo termina la primera parte: «Dios y el alma: *les sources de la charité*».

La segunda parte se consagra a la Purificación, cuyo proceso es paralelo a *L'ascension vers la charité*. Y se estudian ampliamente sus leyes, sus modos y obstáculos y caminos. Las ideas centrales y dinámicas de S. Agustín sobre el pecado, la concupiscencia, el combate cristiano, la adopción divina, la oración, las formas de vida común y religiosa, los consejos evangélicos, etc., tienen aquí su mejor lugar de refracción y aplicaciones. Merecen especial mención las páginas dedicadas a la oración y singularmente a la exposición del método agustiniano de meditación tan poco conocido, y que aquí está excepcio-

## TEXTOS Y GLOSAS

nalmente bien elaborado y formulado, hasta llegar a encerrarlo en un esquema que puede servir de minuta para cualquier meditación que se quiera componer siguiendo la norma y práctica agustinianas. En él es dable ver la conjunción equilibrada que se forma entre el método agustiniano de reflexión filosófica, y la transformación de la catarsis neoplatónica en forma cristiana de ascensión y expansión de la caridad.

La tercera parte lleva por título *La vida teologal*. El alma cristiana que ha logrado recorrer las etapas que hasta aquí se señalan entra en un estado que Agustín caracteriza como reposo en Dios. Pero es un reposo activo, de pleno desarrollo y expansión de la caridad, que aparte de los grados personales de penetración (*ingressio*) y posesión (*mansio*) en la vida de amor total, tiene una dimensión social, que es la obra del apostolado de amor en La Ciudad de Dios. Se estudian ampliamente las virtudes teologales y su perfección, y las fuentes y formas posibles y necesarias de apostolado hasta llegar a realizar el verdadero ideal del cristianismo en su razón histórica: la transformación del mundo en verdadera Ciudad de Dios. La fórmula mínima y abarcadora de toda espiritualidad, cuando el alma ha llegado al supremo grado de perfección de su caridad es esta: *Dilige et quod vis fac!*, ¡ama y haz lo que quieras!

«La espiritualidad agustiniana es, pues, ante todo, una espiritualidad católica, puro eco del Evangelio. Y sin embargo, expresada por el Obispo de Hipona, esta doctrina integralmente evangélica toma una acento especial, que le es personalísimo: es la manera de unir las investigaciones más audaces de la razón con la docilidad más humilde de la fe; un encendido anhelo del corazón, pero orientado en primer lugar hacia la verdad; un don total y desinteresado de sí mismo a Dios por la dedicación a las almas, unido al deseo más ardiente de obtener la única y verdadera felicidad: la posesión de Dios.

Y en esta meta suprema de la vida, no sabemos qué predomina más, si la luz o el ardor, la inteligencia o el corazón, porque es ver a Dios para poseerlo, contemplar su Verdad para gozar de su Belleza: *Gaudium de Veritate*». (pág. 788).

Espero pueda echarse de ver, por este pequeñísimo resumen, la amplitud de perspectivas y el acierto de doctrina agustiniana que logra organizar y ofrecernos este Tratado. Aparte de la atención mantenida constantemente al todo, como se ve por las referencias de unas partes a otras, existe la atención alerta a los puntos concretos que vienen siempre apoyados por una cuidadosa selección de textos, en nota inmediata, para poder confirmar en cada momento la exposición. Y junto a ellos la proyección y aplicación a la actualidad dando a las verdades eternas y a las formulaciones agustinianas ese

latido de presencia que de hecho han tenido siempre, pero que en cada circunstancia histórica exigen su zona especial de sensibilidad a la que es preciso apuntar y reclamar. Es así como vienen y nos parecen escritas para hoy las consideraciones agustinianas sobre el Cuerpo Místico, sobre el Sagrado Corazón, sobre la Santísima Virgen como prototipo de la Iglesia, sobre el Monacato, sobre la Acción Católica, etc., etc.

Al lado de todos estos méritos y virtudes no parece que pueda sonar bien una exigencia meticulosa sobre algunos detalles y que los que andamos metidos en los problemas agustinianos nos gustaría ser tratados con más exactitud o precisiones. A mí personalmente me hubiera agradado que al tratar de la huida de lo sensible se hubiera aludido más reposadamente a la evolución de Agustín en relación con lo neoplatónico, hasta lograr la fórmula de que la lucha en sí no es contra el cuerpo, sino contra aquello que hay dañado en el cuerpo y en el espíritu, es decir, de herencia y de secuelas y adherencias del pecado original y de los pecados personales; y cómo, aunque el clima e insistencias literales de Agustín es más propicio para el rechazo de este mundo, se puede sin embargo llegar a ver y constatar que también desde Agustín, como en San Bernardo, es dable formular el supremo grado de amor, como amor a la vez a este mundo en Dios y por Dios. Igualmente, dada la intención del tratado completo, hubiera sido muy de agradecer una más amplia bibliografía, al menos como información posible sobre puntos concretos y controvertidos, como lo son la problemática y condiciones de una mística agustiniana, en las que el P. Thonnard está por otra parte bien impues-to, por pertenecer a la redacción de *Etudes Agustiniennes* y por haber presenciado las discusiones que con ese motivo tuvieron lugar en el Congreso agustiniano de París en 1954, y del que él mismo nos hace buena referencia.

Naturalmente que estos «desiderata», incluso discutibles, no empañan en nada la perfección y finalidad concreta de este hermoso tratado, que no es sólo doctrina espiritual, sino secuencias y asimilación de la doctrina filosófica y teológica de Agustín en lo que tienen de más vital y sustantivo para la realización de nuestro ideal humano y sobrenatural de perfección y santidad al que somos llamados por nuestra vocación de cristianos. Nuestros plácemes y agradecimiento al P. Thonnard por habernos puesto en las manos esta riqueza.

P. RAMIRO FLOREZ, O. S. A.